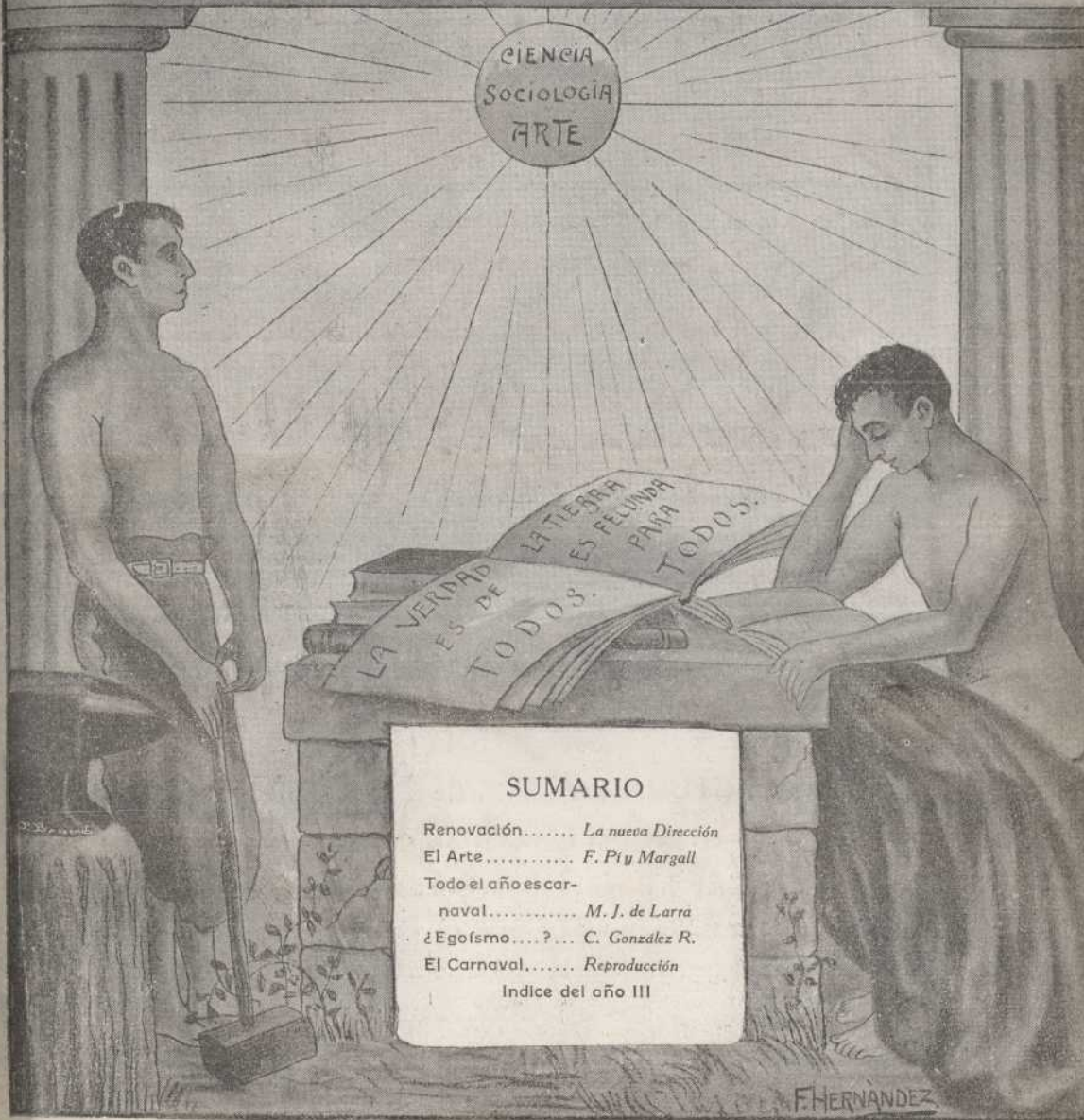


RENOVACIÓN

CIENCIA
SOCIOLÓGIA
ARTE



SUMARIO

- Renovación..... *La nueva Dirección*
 El Arte..... *F. Pi y Margall*
 Todo el año escar-
 naval..... *M. J. de Larra*
 ¿Egoísmo.....?... *C. González R.*
 El Carnaval..... *Reproducción*
 Índice del año III

F. HERNÁNDEZ

20 Cts

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

RESTAURANT
PETIT PARÍS

7.ª AVENIDA ESTE, No. 42

EXCELENTE SERVICIO DE MESA

HABITACIONES ECONÓMICAS

LIBRERÍA FALCÓ

LOCAL DEL PETIT PARIS

APARTADO 638 ↔ SAN JOSE, C. R.

INTERESA A LOS MAESTROS

SABER:

que en la **LECTURA BARATA** de Falcó, Zeledón & Cía.,

ESQUINA FRENTE AL CORREO

pueden adquirir las magníficas obras de textos y de consultas que anunciaremos desde el próximo número en el Boletín Bibliográfico de la penúltima página. Allí mismo encontrarán todos los

TEXTOS DE LA ESCUELA MODERNA

que pueden serles de gran utilidad en sus tareas. Lo mismo que magníficos **Mapas Geográficos**, de las diferentes

secciones del mundo.

San José, Costa Rica

— 25 de Diciembre 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 72

RENOVACION

Esta revista que ahora ajusta tres años—y en cuya vida se cumple un milagro casi sin precedente en nuestro medio—ha pasado a ser propiedad de la empresa editorial de **Falcó-Zeledón & Cía.**

Los nuevos propietarios piensan dedicarla a la crítica literaria y científica y desde luego puede asegurarse que en **Renovación** encontrarán todas las mentes curiosas por la marcha intelectual del mundo, un reflejo inteligente y constante de ese avance.

Como se comprenderá, esa tarea auxilia y completa la obra de cultura popular que los empresarios de **Lectura Barata** han acometido con el empeño de que tienen dadas tantas pruebas en nuestra incipiente vida intelectual, y dará a esta revista un carácter antológico universal desprovisto de otras tendencias que no sean las de la cultura sana y racional.

Los nuevos propietarios de **Renovación** ya lo declaran gallardamente en una circular de su negocio librero, que tenemos a la vista:

“No queremos sacar de este negocio una ganancia exagerada, pues-

to que no quisiéramos atraer sobre nosotros la molestia de ser ricos. Anhelamos tan sólo trabajar por la cultura de nuestra tierra en forma que a la vez nos permita vivir modestamente pero con independencia. Queremos, además, estar siempre en paz con nuestra conciencia, no ofreciendo a la avidez de los lectores el libro fútil o perverso. Del mismo modo que no venderíamos licores ni baratijas. No somos comerciantes. Queremos ser siempre trabajadores de la luz.”

Al dar por terminada la tarea de este año, cumplimos el más grato de nuestros deberes al rendir sinceros agradecimientos a los suscritores que hasta este momento nos han concedido su favor y al distinguido y laborioso hombre de ciencias y de letras don Elías Jiménez Rojas, a cuyo valioso y desinteresado esfuerzo debe lo mejor de su vida esta revista.

Renovación espera seguir siendo bien acogida por sus viejos amigos, a quienes se complace en prometer la asidua colaboración del silencioso y sabio trabajador de día a quien rendimos aquí justo homenaje.

EL ARTE

Se considera generalmente el arte en sí, y se da margen a muchas aberraciones. De aquí el arte por el arte, que lo reduce a la sola satisfacción del sentimiento de la belleza; de aquí la falta de pensamientos y predominio de la forma sobre el fondo; de aquí que hombres con grandes dotes artísticas las consuman en temas frívolos y mueran sin dejar una obra que hable al entendimiento ni al corazón de los pueblos.

El artista es hoy, por lo general, un sér que vive fuera de su siglo. Ya reproduce creencias que murieron en las muchedumbres; ya busca su inspiración en las ruinas de lo pasado y levanta del sepulcro héroes que no comprende; ya falto de inventiva, se reduce a dar cuerpo a las fantasías de los poetas; ya, más humilde y rastroso, copia y embellece a la mujer que vió entre las enredaderas de una ventana, al soldado que vela en lo alto de un castillo, al mendigo que pasa, a la bohemia que canta al sol del medio día. Dibuja correctamente, se afana por no cometer anacronismos, compone lo mejor que puede, pliega bien los paños, y se da por satisfecho y orgulloso si acierta a presentar en sus cuadros brillante el raso, transparente el encaje. Pensamiento, fin social, fin humano, no suele tenerlos.

Murió no ha mucho un artista español que, sin haber jamás expuesto una de sus obras, llenó de su fama el mundo. Reunía facultades de composición y ejecución como nadie. Era espontáneo, fácil, fecundo. Cuando quería, apuntaba como Goya; cuando quería, detallaba como el más hábil miniaturista. Nadie sabía ejecutar como él entre sus contemporáneos. Satisfacía el sentimiento de la belleza; dejaba, como los demás artistas, frío el corazón de sus espectadores. Las

más de sus obras no eran sino juguetes artísticos. Examínelas, y no se verá tal vez en ninguna un argumento que pueda encender una noble pasión, una idea que ilumine la conciencia de un pueblo, algo que nos interese por los futuros destinos de nuestra especie.

Se observa la misma falta en la poesía. Escribe la poesía en verso como en tiempo alguno; abunda en galas de lenguaje, fácil y bello; pero vacía, sin ideal, sin norte. Por no vivir la vida de su siglo, se va haciendo cada vez más subjetiva, más quejumbrosa, más hipócrita, y, por consecuencia, más monótona y fría. Vuelve sin cesar sobre los mismos pensamientos, y hace eternas variaciones sobre unos mismos temas. Canta creencias que no tiene, o afecta un tedio que no siente ni nada legítima. A fuerza de querer encumbrarse, divaga por espacios que no conoce y cae en el lodo. Y si alguna vez baja a la vida real, o se pierde entre las tinieblas de la historia, o en las profundidades de una naturaleza que no comprende, o en las bajas regiones del sensualismo. No dirige, no ennoblece, no moraliza a nadie; no va ni lleva las generaciones a la lucha en que se decide la suerte de los hombres, por la justicia.

Se dice que no es siglo de arte ni de poesía; pero ¡cuán infundadamente! La humanidad sostiene sin tregua una lucha heroica, y esta lucha jamás ha sido tan grande ni tan ardiente como en este siglo. Todas nuestras facultades tienen sus límites, y trabajamos eternamente por romperlos. Encontramos el principal obstáculo en las colosales energías de la Naturaleza, y luchamos, no sólo por dominarlas, sino también por ponerlas a nuestro servicio. ¿Cuándo ha sido más viva que ahora esta lucha, ni cuándo hemos tenido más brillantes

triumfos? El vapor nos lleva con la rapidez del viento a través de los montes y los mares y nos presta para todas nuestras industrias sus hercúleas fuerzas; la electricidad trasmite en minutos el pensamiento del uno al otro confin del mundo y une por el cable submarino los más apartados continentes; la Naturaleza se ve obligada a reproducir en el fondo de una cámara obscura los más fugaces momentos de su vida; los istmos desaparecen, los mares confunden sus aguas, las leyes de las corrientes oceánicas y las de las tempestades dejan de ser un secreto, y apenas pasa año sin que desatemos una de nuestras ligaduras y venzamos al que por siglos nos tuvo inermes bajo su servidumbre.

Y esta lucha tan porfiada y tremenda, ¿no puede ser objeto de arte ni de poesía? Se ha cantado en todos los siglos a Prometeo, que arrebató del Olimpo el fuego y por su audacia estuvo clavado en una de las rocas del Cáucaso donde un buitre le roía las entrañas; a los Titanes que se atrevieron a escalar el cielo y fueron precipitados a los infiernos por los rayos de Júpiter; a Satanás y sus ángeles rebeldes que disputaron el trono a Dios, y, vencidos, cayeron al fondo de los abismos. ¿Cómo no se ha visto que estas mitológicas leyendas no son más que símbolos de esa perpetua lucha entre la Naturaleza y el hombre? Nosotros somos el Prometeo de la religión pagana, el Satanás del cristianismo.

Nosotros sostenemos todavía otra lucha no menos dura y más sangrienta. Tres tiranías pesaban sobre nuestra frente: la del sacerdote, la del burgués, la del gobernante. Las hemos roto y trabajamos por aniquilarlas. Queremos libre la conciencia, libre la propiedad, libre el pensamiento, libre el hombre: o lo que es lo mismo, humillado el culto, el dominio sobre la tierra subordinado a los intereses

generales. Combatimos, en una palabra, por establecer la libertad y la igualdad entre los hombres. En esta ardua tarea, ¡qué de combates y de sacrificios! ¡qué de triunfos y derrotas! ¡qué de ideas y de intereses contrapuestos, de armas de buena y mala ley puestas en lucha, de mártires y de traidores! En las horas de desaliento, de duda, de desesperación tal vez, ¿cómo no vienen el arte ni la poesía a endulzar nuestras amarguras ni a reavivar nuestras esperanzas? En las de júbilo, ¿cómo no oímos sus inspirados cánticos?

Hay aún en el mundo esclavos, víctimas oscuras del trabajo, clases que gimen en la ignorancia y la miseria, vicios que roen el cuerpo y degradan el espíritu de las naciones, monstruos que viven del hambre ajena, fatalidades económicas que, como el carro de Jagrenat, destrozán implacablemente a cuantos caen debajo de sus ruedas, voces de dolor que se pierden en el fondo de tenebrosas viviendas o de obscuras cárceles. ¿Cuándo se hacen la poesía ni el arte eco de tales gemidos, ni vengadores de tales infamias, ni lábaro de los que deben llevar a cabo la redención de los pueblos? ¿No es verdaderamente vergonzoso que vuelvan los ojos a lo pasado para no ver lo presente, y se atrevan a pasar por ese **pandemonium** social pulsando la antigua cítara y coronada la frente de rosas?

Pero, ¿cómo lograr que las muchedumbres abracen las nuevas doctrinas y se decidan por ellas al sacrificio? Ignorantes aún, no comprenden al inventor, al sabio, al filósofo; no pueden seguir los largos y complicados racionios por que esos hombres llegan a la concepción de los nuevos principios. No es posible interesarlas por la reforma sino hablándoles al corazón y a los sentidos, dando cuerpo a las ideas, vistiéndolas con las galas de la fantasía, animándolas por el

sentimiento. Esa es la misión del arte y de la poesía.

Encender a los pueblos en santo amor a la humanidad y moverlos a realizar, a costa de los mayores sacrificios, las ideas que material o moralmente han de redimirlos fue en largos períodos de la historia la tarea de las religiones, y no puede menos de ser la tarea de la poesía y del arte. ¡Cómo! ¿habría de concurrir todo al fin social menos el arte y la poesía? ¿Habría de contribuir todo a mejorarnos, y sólo la poesía y el arte mirarnos con indiferencia, cuando no pervertirnos? Los hombres todos, poetas, artistas, filósofos, sabios, industriales, braceros, propietarios, gobernantes, súbditos, todos nos debemos a la humanidad de la que somos miembros y hemos recibido y recibimos el inmenso material de que disponemos para cubrir todas las necesidades y llenar todos los fines de la vida. ¿Qué vale lo que podemos en cambio darle, aun consagrándole por entero nuestras facultades y fuerzas?

El arte no llena su fin como no se apodere de las ideas que van surgiendo en el espíritu, y las calienta al fuego del corazón, y les dé forma en la fantasía, y las arroje vivas y brillantes al seno de las muchedumbres y las encarne, por decirlo así, en la conciencia de los pueblos, y las haga el lábaro y la fé de las gentes, y las arrastre por ellas aquí a los comicios, allí a las calles, acullá a los campos de la lucha.

Debe el arte no sólo caldear la idea que nace, sino también combatir las destinadas a pronta muerte, hacerse eco de los gemidos que arrancan, pintar con energía los males que engendran, condenar el egoísmo de los que las sostienen, ponerlos en duro contraste con los que sufren, y hacer brillar sobre todas las almas heridas la luz de la esperanza y el sol de la justicia. Debe animar a los pueblos con los triunfos antes obtenidos,

con la apoteosis de los héroes y los mártires que en otros tiempos los condujeron a la victoria o por ellos derramaron su sangre. Debe inflamarlos en noble cólera contra los opresores, contra los que beben en impuras orgías las lágrimas del pobre, contra los que erigen el vicio y el crimen en norma de vida. Debe, en una palabra, depurar todas las conciencias y levantar todos los corazones.

Debe el arte también ennoblecer el trabajo, pintar y celebrar las conquistas de la industria, coronar de flores a cuantos ensanchen el poder del hombre, derramar torrentes de poesía sobre las generaciones que van trasformando la faz de la tierra, alentar todas las grandes empresas y divinizar a los genios que las han hecho posibles por el descubrimiento y la aplicación de las leyes del universo.

Mas para esto es preciso que el arte salga de su aislamiento, viva de su siglo, participe de nuestras alegrías y nuestras amarguras, asista a nuestros espectáculos, a nuestras victorias y a nuestros desastres, descienda al fondo de nuestras sociedades, conozca y comprenda las múltiples manifestaciones de nuestra vida. De otra manera mal ha de traducir ideas que no conozca, tronar contra lo que no sienta. Porque vive aislado, es frío, formalista.

El arte ha sido y ha debido ser la expresión de lo infinito mientras ardía la fé en el corazón del hombre, y era el cielo la sola esperanza de los que sufrían, y para el cielo se dejaba el reinado de la justicia, y se miraba el sepulcro como la puerta de la vida, y se tenía la tierra en que vivimos como un valle de lágrimas y un lugar de prueba. Los tiempos han cambiado. Las creencias mueren, la duda se entroniza en los espíritus, el hombre se siente con fuerzas para conseguir en este mismo planeta el bien y la justicia, y empieza a reconocerse como parte

integrante, no sólo de la humanidad presente, sino también de la humanidad futura. Nuestros ojos apenas se levantan al cielo más que para seguir el curso de los astros errantes o contemplar otros mundos. A la vista de ese espacio sin límites apenas buscamos ya lo infinito sino en la materia. Y cuando la seguimos en sus evoluciones, y observamos que sin cesar se transforma y nunca muere, apenas si nos atrevemos a mentar lo increado. Hemos levantado nuestra razón por encima de los patriarcas y los profetas y despoblado el firmamento como despoblamos antes el Olimpo. ¿Qué irá a buscar hoy el arte en ese paraíso oscuro y vacío, ayer tan lleno de luz y de vida a los ojos de los pueblos?

Empeñado en ser aún expresión de lo infinito, quiso el arte no ha mucho tiempo ser especialmente religioso. Cayó en la imitación, en la copia, y hasta las formas debió tomar del arte de la Edad Media. No creó nada, y en todas sus composiciones estuvo muy por debajo de sus modelos. No pudo elevarse al poético misticismo de Juan de Juanes ni reproducir el sombrío ascetismo de Zurbarán, ni llegar a Murillo. Perdió el sentimiento de la

realidad y se entregó a un convencionalismo tan caprichoso como estrecho, de que pudo salir no sin trabajo. ¿Por qué habría de condenarse hoy a ser la expresión de creencias que pasaron?

¿Qué es, pues, el arte? El arte, he dicho ya en otros escritos, es la traducción de las ideas bajo formas que, sin dejar de existir en el mundo real, son más acabadas y satisfacen más el sentimiento de la belleza. El arte, añadido ahora, ha de concurrir con las demás manifestaciones de la vida a la realización de los destinos de nuestra especie. Al efecto, ha de dar vida y calor a las ideas y apasionar por ellas a las muchedumbres. Lejos de aislarse de su siglo ha de vivir en su siglo y de su siglo; pensar con él, sentir con él, esperar con él y salvar con él los precipicios que en nuestra incesante marcha a la perfección nos atajan con frecuencia el camino. Debe hasta presentir las ideas de mañana y ser la precursora de las nuevas creencias. La humanidad es el eterno Cristo; el arte ha de ser su precursor eterno.

Esto han sido todos los grandes poetas: esto serán siempre.

Francisco Pi y Margall

El mundo todo es máscaras

TODO EL AÑO ES CARNAVAL

(Artículo de hace 18 años)

¿Qué gente hay allá arriba? que anda
con tal estrépito? ¿Son locos?

Moratin, Comedia nueva.

No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto, y entregado a profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar a los necios y a los discretos, a los cuerdos y a los locos, a los ignorantes y los entendidos que han de leerme, y sobre todo a los dichosos y a los desgraciados que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa?

Animado con esta reflexión, cogí la pluma y ya iba a escribir nada menos que un elogio de todo lo que veo a mi alrededor, el cual pensaba rematar con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamación en el país, para contentar a todo el que se me pusiera por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren;

pero tropecé con el inconveniente de que los hombres sensatos habían de sospechar que el dicho elogio era burla, y esta reflexión era más pesada que la anterior.

Al llegar aquí arrojé la pluma, despedido y decidido a consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado por más señas, lo que basta para que se infiera si debe de ser hombre entendido, y que éste, registrando su **Novísima** y sus **Partidas**, me dijese para de aquí en adelante qué es lo que me está prohibido, pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas sin andarme a buscar **cotufas en el golfo**, ni el mal fuera de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba ya para dormirme, a lo cual había contribuido no poco el esfuerzo que había hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso así, o a lo que yo tengo por más cierto, un amigo que me alborotó la casa, y que se introdujo en mi cuarto dando voces en los términos siguientes, u otros semejantes.

—**¡Vamos a las máscaras!** bachiller, me gritó. —¿A las máscaras? —No hay remedio; tengo un coche a la puerta: ¡a las máscaras! Iremos a algunas casas particulares y concluiremos la noche en uno de los grandes bailes de suscripción. —Que te diviertas: yo me voy a acostar. —¿Qué despropósito! No lo imagines; precisamente te traigo un domínó negro y una careta. —¿Adiós! Hasta mañana. ¿Adónde vas? Mira, mi querido Munguía, tengo interés en que vengas conmigo; sin ti no voy, y perderé la mejor ocasión del mundo... —¿De veras? —Te lo juro. —En ese caso, vamos. ¡Paciencia! Te acompañaré” De mala gana entré dentro de un amplio ropaje, bajé la escalera, y me dejé arrastrar al compás de las

exclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme: “Cómo nos vamos a divertir!; Qué noche tan deliciosa hemos de pasar!”

Era el coche alquilón; a ratos parecía que andábamos tanto atrás como adelante, a modo de quien pisa nieve, a ratos que estábamos columpiándonos en un mismo sitio; llegó por fin a ser tan completa la ilusión, que temeroso yo de alguna pesada burla de carnaval, parecida al viaje de don Quijote y Sancho en el Clavileño, abrí la ventanilla más de una vez, deseoso de investigar si después de media hora de viaje estaríamos todavía a la puerta de mi casa, o si habríamos pasado ya la línea, como en la aventura de la barca del Ebro.

Ello parecerá increíble, pero llegamos, quedándome yo sin embargo en la duda de si habría andado el coche hacia la casa, o la casa hacia el coche; subimos la escalera, verdadera imagen de la primera confusión de los elementos: un Edipo, sacando el reloj y viendo la hora que era; una vestal, atándose una liga elástica, y dejando a su criado los chanclos y el capote escocés para la salida; un Romano coetáneo de Catón dando órdenes a su cochero para encontrar su landó dos horas después; un Indio no conquistado todavía por Colón, con su papeleta impresa en la mano y bajando de un birlocho; un Oscar acabando de fumar un cigarrillo de papel para entrar en el baile; un Moro santiguándose asombrado al ver el gentío; cien dominós, en fin, subiendo todos los escalones sin que se sospechara que hubiese dentro quien los moviese, y tapándose todos las caras, sin saber los más para qué, y muchos sin ser conocidos de nadie.

Después de un modesto reconocimiento del billete y del sello y la rúbrica y la contraseña, entramos en una salita que no tenía más defecto que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello

es más preciso tener máscaras que sala donde colocarlas. Algun ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un **piano, tan piano** que nadie lo consiguió oír jamás, eran la música del baile, donde nadie bailó. Poníanse, sí, de vez en cuando a moda de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intención de ánimo sendos encontrones a derecha e izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta expresión.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, y según yo llegué a presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que a otros muchos les acontece. Algunas madres, sí, buscaban a sus hijas, y algunos maridos a sus mujeres; pero ni una sola hija buscaba a su madre, ni una sola mujer a su marido. "Acaso, decían, se habrán quedado dormidas entre la confusión en alguna otra pieza... —Es posible, decía yo para mí, pero no es probable."

Una máscara vino disparada hacia mí. "¿Eres tú? me preguntó misteriosamente. —Yo soy, le respondí seguro de no mentir. —Conocí el dominó; pero esta noche es imposible: Paquita está ahí, mas el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por donde diantres ha encontrado billetes. —¡Lástima grande! —¡Mira tú qué ocasión! Te hemos visto, y no atreviéndose a hablarte ella misma, me envía para decirte que mañana sin falta os veréis en la **Sartén**... Dominó encarnado y lazos blancos. —Bien. —¿Estás? —No faltaré."

"¿Y tu mujer, hombre?" le decía a un ente rarísimo que se había vestido todo de cuernecillos de abundancia, un dominó negro que llevaba otro igual del brazo. "Durmiendo estará ahora; no hay otra más enemiga de diversiones. —Así descansas tú en su virtud: ¿piensas estar aquí toda la noche? —No, hasta las cuatro. —Haces

bien." En esto se había alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras: "Nada ha sospechado. —¿Cómo era posible? si salió una hora después que él... —¿A las cuatro ha dicho... —Sí. Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada? —No hay cuidado alguno, porque..." Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demás palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de **¿Me conoces? Te conozco, etc., etc.**

¿Pues no parecía estrella mía haber traído esta noche un dominó igual al de todos los amantes, más feliz por cierto que Quevedo, que se parecía de noche a cuantos esperaban para pegarlos? "¡Chis! ¡Chis! Por fin te encontré, me dijo otra máscara esbelta asiéndome del brazo, y con una voz tierna y agitada por la esperanza satisfecha. ¿Hace mucho que me buscabas? —No por cierto, porque no esperaba encontrarte. —¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde anoche! No he visto hombre más torpe; yo tuve que componerlo todo; y la fortuna fue haber convenido antes en no darnos nuestros nombres, ni aún por escrito. Si no... —¿Pues qué hubo? —Qué había de haber? El que venía conmigo era Carlos mismo. —¿Qué dices? —Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él le vió y le cogió. ¡Qué angustia! —¿Y cómo saliste del paso? —Al momento me ocurrió una idea. ¿Qué papel es ese? le dije. Vamos a verle; será de algún enamorado: se lo arrebató, veo que empieza **querida Anita**; cuando no vi mi nombre, respiré; empecé a echarlo a broma. ¿Quién será el desesperado? le decía riéndome a carcajadas. —Veamos; y él mismo leyó el billete, donde me decía que esta noche nos veríamos aquí, si podía venir sola. Si vieras como se reía. —¡Cierto que fue gracioso! —Sí, pero, por Dios, **don Juan, de éstas, pocas.**" Acompañé largo rato

a mi amante desconocida, siguiendo la broma lo mejor que pude... el lector comprenderá fácilmente que bendije las máscaras, y sobre todo el talismán de mi impagable dominó.

Salimos por fin de aquella casa, y no pude menos de soltar la carcajada al oír a un máscara que a mi lado bajaba: "¡Pésia a mí! le decía a otro; no ha venido; toda la noche he seguido a otra creyendo que era ella, hasta que se ha quitado la careta. ¡La vieja más fea de Madrid! No ha venido; en mi vida pasé rato más amargo. ¿Quién sabe si el papel de la otra noche lo habrá hechado todo a perder? Si don Carlos lo cogió... —Hombre, no tengas cuidado. —¡Paciencia! Mañana será otro día. Yo con ese temor me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta. —Hiciste muy bien. —Perfectísimamente repetí yo para mí, y salimos riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rimero de criados y capas tendidos aquí y allí por la escalera. La noche no dejó de tener tampoco algún contratiempo para mí. Yo me había llevado la querida de otro; en justa compensación otro se había llevado mi capa, que debía parecerse a la suya, como se parecía mi dominó al desventurado querido. "Ya estás vengado, exclamé, oh burlado mancebo." Felizmente yo al entregarla en la puerta había tenido la previsión de despedirme de ella tiernamente para toda mi vida. ¡Oh previsión oportuna! Ciertamente que no nos volveremos a encontrar mi capa y yo en este mundo perecedero; había salido ya de la casa, había andado largo trecho, y aun volvía la cabeza de rato en rato hacia sus altas paredes, como Héctor al dejar a su Andrómaca, diciendo para mí: "Allí quedó, allí la dejé, allí la vi por última vez."

Otras casas recorrimos, en todas el mismo cuadro: en ninguna nos

admiró encontrar intrigas amorosas, madres burladas, chasqueados esposos o solícitos amantes; no soy de aquellos que echan de menos la acción en una buena cantatriz, o alaban la voz de un mal comediante, y por tanto no voy a buscar virtudes a las máscaras. Pero nunca llegué a comprender el afán que por asistir al baile había manifestado tantos días seguidos don Cleto, que hizo toda la noche de una silla cama y del estruendo arrullo: no entiendo todavía a don Jorge cuando dice que estuvo en la función, habiéndole visto desde que entró hasta que salió en derredor de una mesa en un verdadero *ecarté*. Toda diferencia estaba en él con respecto a las demás noches en ganar o perder, vestido de moharracho. Ni me sé explicar de una manera satisfactoria la razón en que se fundan para creer ellos mismos que se divierten un enjambre de máscaras que ví buscando siempre, y no encontrando jamás, sin hallar a quien embromar ni quien los embrome, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas los echaran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallan todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse así mismos y creerse felices por espacio de una noche entera? ¿Es por dar a entender que también tienen un interés y una intriga? Algo nos inclinamos a creer lo último cuando observamos que los más de estos os dicen, si los habéis conocido: "¡Chiton! ¡Por Dios! No digáis nada a nadie." Seguidlos, y os convenceréis que no tienen motivos ni para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan, gastan, salen quebrantados del baile... nunca empero se les olvida salir los últimos, y decir al despedirse: "¿Mañana es el baile en Solis? —Pues hasta mañana. — Pasado mañana es en San

Bernardino? ¡Diez onzas diera por un billete!"

Ya que sin respeto a mis lectores me he metido en estas reflexiones filosóficas, no dejaría pasar en silencio antes de concluir las la más principal que me ocurría. ¿Qué mejor careta ha menester don Braulio que su hipocresía? Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los días, y reza sus devociones; a merced de esta máscara que tiene constantemente adoptada, mirad cómo engaña, cómo intriga, cómo murmura, cómo roba... ¡Qué empeño de no parecer Julianita lo que es! ¿Para eso solo se pone un rostro de cartón sobre el suyo? ¿Teme que sus facciones delaten su alma? Viva tranquila; tampoco ha menester careta. ¿Veis su cara angelical? ¿Qué suavidad! ¡Qué atractivo! ¡Cuán fácil trato debe de tener! No puede abrigar vicio alguno. —Miradla por dentro, observadores de superficies: no hay día que no engañe a un nuevo pretendiente: veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos, insufrible y altanera con su esposo: esa es la hermosura perfecta, cuya cara os engaña más que su careta. ¿Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas en sociedad? ¡Qué deferencia! ¡Qué previsión! ¡Cuán sumiso debe ser! No lo escojas sólo por eso para esposo, encantadora Amelia; es un tirano grosero de la que entrega su corazón. Su cara es también más pérfida que su careta; por esta no estás expuesta a equivocarte, porque nada juzgas por ella; pero la otra!!... imperfecta discípula de Lavater, crees que debe ser tu clave, y solo puede ser un pérfido guía, que te entrega a tu enemigo.

Bien presumirá el lector que al hacer estas metafísicas indagaciones algún pesar muy grande debía afligirme; pues nunca está el hombre más filósofo que en los

malos ratos: el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía como un falto de pelo su bisoné: la filosofía es efectivamente para el desdichado lo que la peluca para el calvo, de ambas maneras se les figura a entrambos que ocultan a los ojos de los demás la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Así era: un pesar me afligía. Habíamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta corte; el continuo traspasar, el estar en pie la noche entera, la hora avanzada y el mucho cavilar habían debilitado mis fuerzas en tales términos que el hambre era a la sazón mi maestro de filosofía. Así de mi amigo, y de común acuerdo nos decidimos a cenar lo más espléndidamente posible. ¡Funesto error! Así se refugiaban máscaras a aquel estrecho local, y se apiñaban y empujaban unas a otras como si fuera de la puerta las esperase el más inminente peligro. Iban y venían los mozos aprovechando claros y describiendo sinuosidades, como el arroyo que va buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya; apenas había un plato de que disponer; pedimos sin embargo de lo que había, y nos trajeron varios restos de manjares que alguno que había cenado antes que nosotros había tenido la previsión de dejar sobrantes. **Hicimos semblante** de comer, según decían nuestros antepasados, y como dicen ahora nuestros vecinos, y pagamos como si hubiéramos comido. Esta ha sido la primera vez en mi vida, salí diciendo, que me ha costado dinero un rato de hambre.

Entrámonos de nuevo al salón de baile, y cansado ya de observar y de oír sandeces, prueba irrefragable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesura y talento, toda mi ambición se limitó a conquistar con los codos y los pies un rincón donde

ceder algunos minutos a la fatiga. Allí me recosté, púseme la careta para poder dormir sin excitar la envidia de nadie, y columpiándose mi imaginación entre mil ideas opuestas, hijas de la confusión de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, mas no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie, según dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado, sobre todo, predisponen la imaginación débil y acalorada del hombre a las visiones nocturnas y aéreas que vienen a tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando están nuestros párpados aletargados por Morfeo. Más de cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariciones. Esto es precisamente lo que a mí me aconteció, porque al fin, según expresión de Terencio, **homo sum et nihil humani a me alienum puto**. No bien había cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda obscuridad; reinaba el silencio en torno mío; poco a poco una luz fosfórica fue abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas, y una redoma mágica se me fue acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso meteoro. Saltó un tapón con que venía herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su cuello destapado, y todo volvió a quedar en la obscuridad. Entonces sentí una mano fría como el mármol que se encontró con la mía; un sudor yerto me cubrió; sentí el crujir de la ropa de una fantasma bulliciosa que ligeramente se movía a mi lado, y una voz semejante a un leve soplo me dijo con acentos que no tienen entre los hombres signos representativos: **Abre los ojos, bachiller; si te inspire confianza sígueme**; el aliento me faltó, flaquearon mis rodillas; pero la fantasma despidió de sí un

pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de su cigarro, y a su escasa luz reconocí brevemente a Asmodeo, héroe del **Diablo Cojuelo**. "Te conozco, me dijo; no temas: vienes a observar el carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio! ven conmigo; doquiera hallarás máscaras, doquiera carnaval, sin esperar determinado mes del año."

Arrebatóme entonces insensible y rápidamente, no sé si sobre algún dragón alado, o vara mágica, o cualquier otro bagaje de esta especie. Ello fue que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa presa, fue obra de un instante. Entonces vi al través de los tejados como pudiera al través del vidrio de un excelente antejo de larga vista.

"Mira, me dijo mi extraño **cicerone**. ¿Qué ves en esa casa? —Un joven de sesenta años disponiéndose a asistir a una **suaré**; pantorri-llas postizas, porque va de calzón; un frac diplomático; todas las maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasión sobre todo indestructible de que su figura hace conquistas todavía...

"¿Y allí? —Una mujer de cincuenta años. —Obsérvala; se tiñe los blancos cabellos —¿Qué es aquello? —Una caja de dientes; a la izquierda una pastilla de olor; a la derecha un **polison**. —¿Cómo se ciñe el corsé! va a exhalar el último aliento. —Repara su gesticulación de coqueta. —¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez! —Más de una ha deslumbrado tus ojos en algún sarao que debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras.

"¿Quién es aquel más allá? —Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado;

la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar a un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuanto salió, como tú arrojarás la carta en llegando a tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: venid aquí, necios; dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Temis. ¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creía Neptuno?

“Observa más abajo: un moribundo; ¿oyes cómo se arrepiente de sus pecados? Si vuelve a la vida, tornará a las andadas. A su cabecera tiene a un hombre bien vestido; un bastón en la mano, una receta en la otra: **O la tomas, o te pego. Aquí tienes la salud, parece decirle: yo sano los males, yo los conozco;** observa con qué seriedad lo dice; parece que cree él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. No hay cuidado, sale diciendo; ya sube a su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo? —Sí. —Pues oye también el último ay del moribundo, que va a la eternidad, mientras que el doctor corre a embromar a otro con su disfraz de sabio.

“Ven a ese otro barrio. —¿Qué es eso? Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas? —Sí. —Míralas con este antejo. —¡Cielos! La alegría reboza dentro, y cuenta los días que el decoro le podrá impedir salir al exterior.

“Mira una boda; con qué buena fé se prometen los novios eterna constancia y fidelidad.

.....

“¿Quién es aquel? —Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! **Yo sé ganar batallas,** parece que va diciendo. —¿Y no es cierto? Ha ganado la de**. —¡Insensato! Ésa

no la ganó él, sino que la perdió el enemigo. —Pero... —No es lo mismo. —¿Y la otra de**? —La casualidad. —Se está vistiendo de gran uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E., él y los que así le ven creen que ya no es un hombre como todos.

“Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida? ¿A qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal a la calle y verás las máscaras de balde. Sólo te quiero enseñar, antes de volverte a llevar donde te he encontrado, concluyó Asmodeo, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencantarte.” Al decir esto pasábamos por el teatro. “Mira allí, me dijo, a un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes, y de Nerón, y de Otelo... ¡Infeliz! ¿Pero qué mucho? Un inmenso concurso se lo cree también. ¡Ya se ve! ni unos ni otros han conocido a aquellos señores. Repara, y riete a tu salvo. ¿Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos corredizos? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, ¡y qué más sé yo! ¿Ves aquel que sale ahora? Aquel dice que es el grande sacerdote de los Griegos, y aquel otro Edipo; ¿los conoces tú? —Sí; por más señar que esta mañana los vi en misa. —Pues míralos; ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Jocasta, y el pueblo tebano entero se van a cenar sin más acompañamiento, y dejándose a su patria entre bastidores, algún **carnero verde**, o si quieres un excelente **beefsteak** hecho en casa de Genyeis. ¿Quieres oír a Semíramis? —¿Estás loco, Asmodeo? ¿A Semíramis? —Sí; mírala; es una excelente cono-cedora de la música de Rossini.

¿Oíste qué bien cantó aquel adagio? Pues es la viuda de Nino; ya espira; a imitación del cisne, canta y muere.”

Al llegar aquí estábamos ya en el baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas. ¡Asmodeo! grité. Profunda obscuridad; silencio de nuevo en torno mío. ¡Asmodeo! quise gritar de nuevo; dispiértame empero el esfuerzo. Llena aún mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos, y todos los trajes apiñados, todos los países me rodean en breve espacio; un Chino, un marinero, un abate, un Indio, un Ruso, un Griego, un

Romano, un Escoces..... ¡Cielos! ¿Qué es esto! ¿Ha sonado ya la trompeta final? ¿Se han congregado ya los hombres de todas las épocas y de todas las zonas de la tierra a la voz del Omnipotente en el valle de Josafat?..... Poco a poco vuelvo en mí, y asustando a un turco y una monja entre quienes estoy, exclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, e imitando las expresiones de Asmodeo, que aun suenan en mis oídos: “El mundo todo es máscaras: todo el año es carnaval.”

Mariano José de Larra

EGOISMO...?

IV

Donde hubo fuego rescoldo queda, asegura el refrán popular.

Así, Luis, dentro del pecho tenía un brasero de amor, que sólo necesitaba para inflamarse un soplo que arrebatara recelos estúpidos, vanidades necias y preocupaciones quiméricas.

Luis experimentó lo desagradable de ser despreciado, sobre todo cuando se tiene, fundada o no, gran opinión de sí mismo, pero gozó con la idea de que en verdad no había sido rechazado, que su confusión y vergüenza ante Alfredo podía perdonarlas pues supo que fué comedia la acción de Felicia. Cuando volvió a su casa, la noche que tan agradable noticia tuvo, entró tarareando una canción de zarzuela y diciendo bromas, sin percatar que el ánimo de su familia no tenía igual disposición. Marta no estaba para bromas, pero no recibió mal las de Luis; la orgullosa escondía mañosamente dentro de su pecho la herida, y por eso pudo ser franco el regocijo del joven; si no, la tristeza de su hermana hubiera encontrado simpatía en él, cuyo sincero cariño fraternal y hondo, desde pequeños, en ambos hijos, lo fomentó tesonera-mente su delicada madre.

Después de cenar, Luis se dispu-

so a la lectura. Entró en su gabinete, cogió al acaso un libro de su biblioteca, y ya lo tenía en las manos, cuando le vino el deseo de leer la “Graciela” en cuyas páginas muchos trozos tenía marcados por bellos. Abrió entonces su armario y sacó junto con la novela, las prendas que, como oro en paño, conservaba, de Felicia: un pañuelito perfumado aún y con las arrugas del uso, un clavel y un ramo secos, un alfiler de corbata minúsculo, de zafiro... Al hojear el poema en prosa, sentimental y filosófico de Lamartine, encontró el billetito de Felicia, firmado con la inicial mayúscula F. Dejó desparrramados en la mesa de su escritorio los recuerdos de amor, y tendiéndose en el sofá reflexionó:

—Es triste pasar por el mundo sin hacer nada grande y digno. Amar es un placer divino; inspirar verdadero amor es dón celestial. No hay sér por todos amado; ni Jesús, el dulce y sacrificado Jesús. Y sería una gran dicha para todos, que cada cual amara profundamente a los demás; que cada cual sufriera con el mal ajeno tanto, que por librarse a sí mismo de la pena corriera al socorro de sus semejantes; si llegara esa edad, no de oro sino de fineza de sentimientos, como por milagro florecería otra vez sobre el

haz de nuestro planeta el Paraíso Terrenal y viviremos encantados. Quien no haya sido capaz de inspirar un afecto, siquiera uno, es un ente inferior, es una roca, es menos que una roca... Felicia ennoblece hasta mis defectos... ¡Esa gran virtud tiene el amor fino, purifica y crea héroes! Lo cierto es que en salud, belleza, prosapia, donosura y educación Felicia no tiene rival... ¡Qué placer verla andando: su cuerpo gentil parece apenas descansar en las botitas: ligera como una pluma, garbosa como una palmera, ágil como una venadita. ¡Qué placer escucharla! Tiene su voz timbre angélico; sus visajes son risueños y expresivos... ¡No encontraré otra mujer tan adorable! El mayor disparate es dejar al tiempo y las penas marchitar su faz dulce y su alma tierna. Conmigo le amaneció el claro día del amor; yo la he sumido en tristeza, procediendo innoble, injusta y torpemente. ¡Cuán dichosa y encantadora debe de ser la reconciliación, ¡qué horas más felices después de tantas horas perdidas, que ya jamás se aprovecharán... ¡Qué música la de sus labios...!

Y ante el tropel de pensamientos que casi desvanecían de placer su cuerpo, ante los recuerdos que sacudían su cabeza, precipitándose como locos resueltos a entrar en un castillo mágico de goces, erguíase la figura doliente de Felicia, ayer alegre y seductora; sí, doliente aunque ahora quisiera ocultarlo, por causa de él. Y todos esos recuerdos, como antorchas luminosas desfilaron desentenebreciendo el féretro en

que yacía, cual otra Julieta aletargada, el amor juvenil de Luis por Felicia. Antorchas que con su luz esplendente daban vida, y con la oscilación de su llama parecían escribir en las tinieblas, iluminándolas, promesas de felicidad. ¡Es tan bonito recordar placeres que pueden volver...! Si, lo que cabía era desentumecerse, correr a ella, darle satisfacciones cumplidas y atizar la hoguera! A menudo, para picarle el negro puntillo, para suscitar, si fuese posible, celos en el alma de Luis, le dijeron amigos, que Alfredo había triunfado de la aversión que le tenía Felicia; que ya se correspondían y que fácilmente se prescindió de su persona. Pero Luis lo dudaba, y mucho. Es verdad que Alfredo repetía a cada momento que Felicia era su vida; que en deliquio amoroso pasaba tardes con ella, pero eso lo repetía solamente Alfredo.

Al fin se levantaba la muchacha en su pecho con dominio irresistible. Lo que Luis no se explicaba era por qué había dormido tanto su pasión por Felicia y necesitó del pique a su amor propio para despertar.

En tanto a Marta entre pecho y espalda su pena la tenía como una palomilla atravesada por un alfiler hincado en un cartón. La pobre callaba su tormento, tal vez contábalo a las flores del jardincito porque a menudo veíasela contemplándolas; o a las estrellas porque en los anocheceres los ojos les fijaba; y cuando salía de su abstracción una que otra lágrima furtiva le titilaba en las pestañas.

Claudio González Rucavado

EL CARNAVAL

I

Hay gentes que tienen en la uña el almanaque y saben en que día entran y salen las estaciones, cambian las lunas y caen tales o cuales santos, éstas o las otras fiestas. Yo tengo la felicidad de olvidar fácilmente todo lo que me importa poco, y co-

mo entre otras cosas se encuentran en el número de éstas los detalles del calendario, de aquí que la mayor parte del año estoy como los niños en el Limbo, sin saber el día ni la hora en que me encuentro.

Para mí es primavera cuando el aire templado y suave trae a mi oído

armonías extrañas envueltas en el perfume de las primeras flores, y otoño cuando al pasear por entre las largas alamedas, el ruido especial de las hojas amarillas, que crujen bajo mis pies, me llena el alma de un sentimiento melancólico e indefinible. Si el viento de Guadarrama me enrojece la punta de la nariz, exclamo endosándome el gabán de más abrigo: ¡Diantre, sin saber cómo ni por donde, se nos ha entrado el invierno! Y si, por el contrario, el calor me obliga a aflojarme el nudo de la corbata, ya no me cabe duda de que el estío comienza a dorar las mieses y a tostar los hombres.

Hay sin embargo dos solemnidades o fiestas o como se les quiera llamar, en el año, que nunca pasan inadvertidas para mí, porque a semejanza de las golondrinas que anuncian la estación templada con su vuelta, las preceden ciertas señales características. Estas son el día de difuntos y el Carnaval. No sé precisamente en que estación ni en qué mes; pero ello es que hay un día en el año que al pararme distraído delante de una de esas lujosas anaquelarias de la Carrera de San Jerónimo, allí donde otras veces me he detenido a contemplar uno de esos adornos de flores y de plumas destinado a ornar la espesa cabellera de una dama elegante y hermosa, y a besar con sus flotantes cabos de cintas sueltas, su redonda espalda o su seno mal en cubierto por un encaje finísimo, me encuentro con una corona de pálidas siemprevivas, en cuyo centro y entre un diluvio de lágrimas de talco, dice con letras de oro y dos colosales signos de admiración: ¡A mi esposo!

La fiesta de Todos los Santos se aproxima, digo entonces entre mí, los mercaderes de la muerte comienzan a sacar a luz la bisutería del dolor. En otras ocasiones vagando al azar por las calles comienza a sorprenderme un espectáculo extraño.

Me parece que entre la gente que circula a mi alrededor y sobre las

cuales arrojó a intervalos una mirada distraída, se mezclan seres sobrenaturales y deformes, y de cuando en cuando veo aparecer una cara de tafetán celeste que me mira con sus ojos huecos, una nariz colosal que me sale al paso como cerrándome el camino, o una cabeza fantástica que me hace visajes horribles desde el fondo oscuro de una tienda de tiroleses. Al notar que aquellas visiones no son otra cosa que caretas que en largos festones de marmarachos orlan la entrada de los establecimientos públicos, exclamo al fin cayendo en la cuenta del mes en que me encuentro:—Ya tenemos el Carnaval en planta, los traficantes de la locura comienzan a vender los pasaportes de la despreocupación.

II

La época del Carnaval ha pasado. El Carnaval parece que parodiaba en el mundo moderno la costumbre que en el antiguo permitía a los esclavos en ciertos días del año jugar a los señores y tomarse con éstos todo género de libertades y aún de licencias. En la Venecia de los tenebrosos Consejos, de los Palomos y del puente de los Suspiros, en la Roma de los Borgias, en cualquiera parte donde el pueblo ha vivido sujeto por una mano de hierro a un poder más o menos tiránico, se comprendía esta periódica explosión de libertad y de locura. La política y el amor pedían prestado su traje a Arlequín, y al alegre ruido de los cascabeles del cetro del bufón, urdían la trama de su novela sangrienta o sentimental. La aparente rigidez de las costumbres, el aislamiento del hogar, el carácter propio de la época, hacían necesarias esas noches de luna velada por nubes, de rostros ocultos con antifaces, de algazara popular y de misterios, en el Corso y en Rialto.

La aristocracia en sus bailes de buen tono comienza por desterrar la careta, o no permitiría hasta cierta hora de la noche. Hasta aquí la aristocracia es lógica. En otras épocas,

cuando todos se conocian perfectamente y sabian hasta el abolengo de cada persona medianamente visible, era una gracia no conocerse en esta ocasion. Hoy que todo se ha mezclado en el Babel social, el verdadero chiste consistiria en podernos conocer unos a otros siquiera un par de dias al año.

En este siglo de meetings y de comités, de Teatro Real y de temporada de baños, en este siglo de periódicos y de soirées, de Congreso y Fuente Castellana, de paseos matinales y de conciertos nocturnos; en que durante el año cada cual es tan extravagante como le parece, se viste con el mamarracho que mejor se le antoja y hace en todos sentidos el más libre uso de su autonomía, ¿qué objeto tiene el Carnaval? ¿Qué no dirá hoy la mujer en el baile por debajo de la flotante barba de su careta de raso, que no nos lo haya dicho otra ayer en un palco de la ópera por entre las doradas varillas de su abanico de plumas? ¿A qué no nos atreveremos en el bullicio de la

orgia, con la cara tapada, que no nos hayamos atrevido en el silencio del perfumado boudoir con la cara descubierta? Para desenvolverse, para conspirar o para lanzarse ¿Necesita por ventura alguna idea del discreto antifaz o del misterioso dominó?

La política y el amor han tirado ya los andadores; la Revolución y el cáncan se pasean de la mano por la plaza y salones públicos: el Carnaval no tiene razón de ser, y sin embargo existe. Como las wills, esas fantásticas apasionadas de la danza, se levantan al filo de la media noche para bailar en silenciosa ronda en derredor de los sepulcros, el Carnaval sale todos los años de su tumba envuelto en su haraposo sudario, hace media docena de piruetas en Capellanes, en el Prado y el Canal y desaparece. Sus escasos prosélitos se agitan durante esos días guiados por intereses distintos; para éstos el Carnaval es una cuestión de toilette; para aquéllos una especulación; para los otros una borrachera con el derecho de pasearla al aire libre.

INDICE DEL AÑO III

<i>Aguadé Miró, Dr.</i>	Pgs.
Ciencia ideal	222
<i>Alas, Jenaro.</i>	
La patria	6
<i>Alba, Germina.</i>	
Lección de patriotismo.....	225
<i>American Druggist.</i>	
El bálsamo samaritano.....	248
<i>Amicis, Edmundo de</i>	
Pensamiento	112
<i>Argente, Baldomero.</i>	
El "intervencionismo" fracasado.....	50
La moral del pueblo.....	62
<i>Barzo, Carlos del</i>	
Auras rojas	84, 110, 137
<i>Baudrit, Fabio.</i>	
visita interesante	340
<i>Benoit, R.</i>	
Reflexiones médicas	318
<i>Berth, E.</i>	
Partido y clase.....	215
<i>Bouquet, Henri.</i>	
Los abstinentes	337
<i>Burgos, Carmen de</i>	
En la guerra.....	240
<i>Clemenceau, J.</i>	
La ineficacia del voto.....	165
<i>Cordero, Juan Luis.</i>	
Ante el enigma.....	350
<i>La Correspondencia Militar.</i>	
Carmen de Burgos.....	230
<i>Chaughy, René.</i>	
De la mujer.....	300

<i>Chavarria, Lisimaco.</i>	Pgs.
Anhelos hondos	268
<i>Desmenjez, Noé.</i>	
Delicias del siglo XX.....	165
Suicidio de un poeta.....	270
<i>Dide, Augusto.</i>	
La leyenda cristiana.....	40
<i>La Dirección o La Redacción.</i>	
Acusando recibo: Nos. 49 a 55, 57 a 59, 62	
a 67, 69 a 72	
<i>Diversos.</i>	
Pensamientos 15, 16, 90, 100, 101, 102, 182, 192,	
223, 240, 247, 272, 288	
<i>Domingo, Marcelino.</i>	
Lo que leen los estudiantes.....	135
Revisión de valores.....	150
<i>Escuela Moderna</i>	
Enciclopedia	193
<i>Faguet, Emilio.</i>	
La libertad de enseñanza.....	66
<i>Fernández Ferraz, Valeriano.</i>	
La Universidad Nacional.....	54
De Prosodia	353
<i>Ferro, Agustín G.</i>	
Los templos	347
<i>Feyjóo, F. B. Jerónimo.</i>	
El patriotismo	223
<i>France, Anatole.</i>	
Ideas	219
En el Banquete Zola.....	257
La guerra y la Paz.....	355
<i>Francés, José.</i>	
Miguel de Unamuno.....	125

	Pag.		Pag.
<i>Franck, Aube.</i>		<i>Pi y Arzuaga, Francisco.</i>	
Educación Razonada	104	Nobles, doctores y aldeanos.....	266
<i>Frceman.</i>		<i>Pi y Margall, F.</i>	
Cultura del Cuerpo	344	Nuestras leyes	7
<i>García Calderón, Ventura.</i>		Pensamiento	32
La vida de París.....	124	El Arte	370
Rocheport	261	<i>Poe, Edgardo.</i>	
<i>Goldman, Emma.</i>		Prólogos	231
Pensamiento	48	<i>Portet, Lorenzo.</i>	
<i>González Rucavado, Claudio.</i>		La verdad en su lugar.....	81
¿Egoísmo...?	311, 361, 380	<i>Posada, Adolfo.</i>	
<i>Gourmont, Jean de</i>		La mentira parlamentaria.....	213
Letras francesas	38, 125, 168	<i>Prezzolini, G.</i>	
<i>Heine, Enrique.</i>		Letras italianas	168
Italia	106	<i>La Protesta (Buenos Aires).</i>	
<i>Hugo, Victor.</i>		La farsa	164
Napoleón el Pequeño.....	166	<i>Proudon, P. J.</i>	
<i>Ingenieros, José.</i>		Filosofía y religión.....	187
Sociología Argentina	183	<i>Queraltó, Dr.</i>	
<i>Jacquemin, M.</i>		Tuberculosis	181
Ciencia, filosofía, religión.....	211	<i>La Razione.</i>	
<i>Jiménez Rojas, Elías.</i>		Orígenes del sentimiento religioso.....	205
Notas 22, 44, 54, 59, 76, 91, 111, 126, 143, 159, 170, 183, 190, 205, 254, 302, 319, 336 bis, 352, 367	247	<i>Ramón y Cajal, Santiago.</i>	
<i>Karr, Alfonso.</i>		La Sociedad del Porvenir.....	67
La guerra	247	Turismo hispano-americano	163
<i>Kropotkine, Pierre.</i>		<i>Reclus Eliseo.</i>	
A. Ricardo Falcó.....	65	El Sufragio	217
La juventud actual.....	99	Respeto perdido	316
<i>Larra, Mariano José de</i>		<i>Renoos, C.</i>	
La política	308	Origen de los nombres divinos.....	359
Todo el año es carnaval.....	373	<i>"Revista Pedagógica", de Trujillo.</i>	
<i>Lhery, Alfredo de</i>		Escuela y democracia.....	157
El Padre Félix.....	230	<i>Rignetti de Mirabeau.</i>	
<i>El Libertario.</i>		Sistema de la Naturaleza	153
Wagner	177	<i>Rodó, José Enrique.</i>	
Para que se compare.....	271	La convicción	5
<i>Lorenzo, Anselmo.</i>		<i>Roz, Fermín.</i>	
Contra la ignorancia.....	161	H. G. Wells	13
Grandeza del débil	220	<i>Rusquín, John.</i>	
La política	205	El sermón	140
A la guerra popular.....	240	Las 7 lámparas.....	223
<i>Medinavieitia, H.</i>		<i>Schopenhauer, Arturo.</i>	
Los toros	348	Alrededor de la filosofía.....	110
<i>Maetz, Ramiro de</i>		<i>Tamayo, Victor H.</i>	
Kropotkine	17	Mecanismo del Universo.....	251
<i>Malatesta, Enrique.</i>		<i>Tolstói, León.</i>	
El sufragio	217	La Guerra	247
<i>Maturana, José de</i>		<i>Toulouse, Dr.</i>	
Canción de primavera.....	227	De la inteligencia.....	226
<i>Maupassant, Guy de</i>		<i>Unamuno, Miguel de.</i>	
Contra la guerra	357	Catedrática	345
<i>Mella Ricardo.</i>		<i>Valdivieso y Prieto, A.</i>	
La sinrazón de un juicio.....	3	Telepatía	8
La conexión moral 19, 33, 52, 116, 129, 147	218	<i>Vargas Vila.</i>	
Ficciones y realidades.....	218	Pensamientos	249
La ley del número.....	241, 262, 286, 296	<i>Veridicus.</i>	
<i>Mendés, Catulle.</i>		El cristianismo supeditado al paganismo	1
Su Majestad	12	<i>Whitman, Walt.</i>	
<i>Menéndez, J.</i>		Poemas	206
Diálogo de actualidad.....	10	<i>X.</i>	
<i>Nelson, Ernesto.</i>		Galileo	40
Hacia la Universidad futura.....	273	<i>Zamacois, E.</i>	
<i>Nettlau, Max.</i>		La tristeza de viajar.....	133
La juventud en Austria.....	103	<i>Zeledón, José María.</i>	
<i>Nin Frias Alberto.</i>		Crónica humorística	28
Sordello Andrea	23	Homenaje al Dr. Ferraz.....	112
<i>Noel, Eugenio.</i>		Fraternidad	145
Pan y toros.....	200	Adiós a un obrero.....	129
Ante la imagen de Salmerón.....	258	Río y Mar.....	222
La oreja de "Amargoso".....	268	El Derecho a la sonrisa.....	223
<i>Nordau, Max.</i>		¡En guardia!—El Violín.....	350
Por la mujer.....	280	Sugestión	331
<i>Palavicini, Félix F.</i>		Corazón	333
Problemas de educación.....	154	El grandja	334
<i>Palou B., Jaime.</i>		Nosotros	335
De Sociología	41	La hora de los niños.....	351
<i>Petit, Miquel.</i>		<i>Zozaya, Antonio.</i>	
La Violencia	82	Los muertos y los idos.....	307

Lectura Barata

se llama la Sibrería y Papelería que acaban de abrir
en la esquina frente al Correo

Salcó, Zeledón & Cía.

Son los socios de esa firma, nuestros amigos

Joaquín García Monje, Billo y Salcó

Ellos no quieren ser ricos. Ansan tan sólo poder
continuar la obra de cultura popular en que siempre han
estado empeñados, y vivir con independencia.

De allí que su lema sea:

Lectura Barata

Hay, pues, una sagrada obligación para los costarricenses
cultos, en ayudar a esos muchachos

En breve llegarán

Gran surtido de obras literarias

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLAS y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 a 350 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, 'detective', Mark Twain.
El amor catadrático, G. Martínez S.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve a la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque, F. de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, Hedenstjerna.
Kolstomero, León Tolstoi.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, J. Benavente.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
Boda oficial, R. H. Savage.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Historias de locos, Miguel Sawa.
Nerto, Federico Mistral.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable? W. Le Queux.
El lunar, Alfredo de Musset.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las rocas blancas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
El refujo, R. L. Stevenson.
Maria, Jorge Isaacs.
Erótica, B. Morales San Martín.
Relato de un Nihilista, A. Tchekov.
El cupón falso, León Tolstoi.
El abismo, por Dickens y W. Collins.
Alma en pena, por Bjornstjerne.
El secreto del ahorcado, por Carlos Dickens.
Balada, por R. Sánchez Díaz.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTE EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

TODAS LAS OBRAS de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadernadas, están de venta en el establecimiento PETIT PARIS.